

## El Siamés

Ésta historia comienza una calurosa y soleada tarde de invierno (la nodriza de la bella Alcíone), mientras Sara, una mujer pequeña, con problemas en sus ojos y una extraña dificultad para relacionarse entraba en la habitación de su paciente, con mano temblorosa giraba poco a poco el pomo de la puerta al tiempo que, enfocando los ojos inútilmente, intentaba ver hacia adentro de aquella lúgubre habitación.

Era de entenderse que el aspecto cadavérico de aquel hombre provocara miedo en el corazón de Sara. Tan frágil, emocionalmente. Había cuidado de él por dos semanas, y vivió, angustiada, su lenta metamorfosis. El terrible paso de una vigorosa salud algo quebrantada a una lúgubre extinción del alma.

Pero la historia comenzó días antes de aquel momento en que Sara pretendía abrir la puerta durante la noche. Todos los días llegaba a las nueve de la mañana y se retiraba a las diez de la noche. Atendía a su paciente, le alimentaba y le bañaba. Él era amable con ella, y Sara, agradeciendo las atenciones, le era incondicionalmente complaciente. Solía acompañarle todo el tiempo en su habitación, la soledad mata; entristece y sepulta el alma, colocando una dura losa sobre ella, aprisionándola. En veces le leía (él lo disfrutaba), o escuchaba lo que tuviera que decir. Más que una enfermera era una deseable amistad. ¿Acaso no es lo que todos necesitamos? ¿Una amistad?

Los ojos de Sara eran pequeños, demasiado pequeños dentro de un par de enormes cuencas, se movían recelosos de lado a lado, como buscando explicaciones. En ocasiones se esforzaban por dar luz al cerebro y esclarecer formas; en ocasiones eran sombras plasmadas en fríos muros de cemento lo único que conseguían proyectar. << Bendita oscuridad, que nos oculta terribles verdades. Maldita oscuridad, que nos priva de hermosas realidades >>.

Sara no era lo que se puede decir bonita, aunque tampoco era fea; siempre llevaba el cabello, largo, como si jamás en su vida lo hubiera recortado, echado por encima de su cabeza y sostenido por una pinza en la nuca. Utilizaba su uniforme de enfermera, aunque no era necesario, pues no trabajaba para ningún hospital, con gran orgullo y pulcritud; la cofia puesta simétricamente sobre sus cabellos aplastados, la blusa blanca se ajustaba a su cintura realzando su figura, la falda unos centímetros por encima de la rodilla, las medias blancas ceñidas a las piernas como si se las hubiera pintado y unos lustrosos zapatos blancos tan relucientes que se confundían con el resto del uniforme. Llegaba por las mañanas, con una resplandeciente sonrisa en su rostro, que indicaba profesionalismo, pues sus problemas personales siempre los dejaba afuera de la casa apenas un paso antes de entrar, cambiando el semblante tan de repente que pareciera estar programado. Llegaba a la cocina (la mujer de la comida ya la había dejado lista), y subía los escalones, cargando la charola con ambas manos, apretándola de tal manera que se pudiera creer que temiera soltarla accidentalmente. Por las mañanas sus ojos siempre se comportaban bien, pero aún así, al subir los escalones, daba ligeros pasitos, sin precipitarse, pues ya no confiaba en ellos. En más de una ocasión, por un segundo o dos, la vista se le nublaban tan de repente que iba a dar de bruces al suelo, sin tiempo siquiera de reaccionar y asirse de algo, sólo para luego levantarse como si nada, con la vista recuperada y maldiciéndose a sí misma por tonta y olvidadiza.

En otras ocasiones Sara llegaba, por la mañana o por la tarde, cuando salía a comprar alguna medicina, y se encontraba con la novia de C. su paciente, que no sabía cómo se llamaba. Aquella mujer era desagradable, siempre se paseaba por la casa como si fuera de ella, levantando la cabeza altivamente cuando pasaba, rozando hombros, junto a Sara, la cual, sin decir nada, agachaba la cabeza y pasaba de largo, pretendiendo no existir. O si no se dedicaba a mirar desdeñosamente todo lo que Sara hiciera, desde

su caminar y su uniforme hasta la forma en que se comportaba con C. dándole ligeras palmaditas en la espalda cuando éste, aún algo débil, se empeñaba en tomar sus alimentos semisentado, como si aquello fuera una gracia infantil y esperara que Sara y su novia se lo festejaran, aunque la primera era la única que parecía notarlo.

Fue en el amanecer del cuarto día cuando la novia de C. se presentó en la casa con un regalo, cuando Sara llegó esa mañana ella ya estaba ahí, levantando la vista ante cualquier indicio de polvo y alargando el dedo de tal manera que éste tocara la suciedad, sólo para después levantarlo de nuevo, despectivamente, y plantarlo frente a los ojos de Sara, como si esperara una explicación. Y aunque ese no era el trabajo de Sara, ésta no decía nada, después de todo nunca lo hacía, y se limitaba a mirar con ojos sumisos a la mujer y tomar un trapo para limpiar.

- Saldré de viaje unos días, y no quiero que se sienta solo, debe tener una buena compañía – dijo la mujer, refiriéndose al gato que cargaba sobre sus brazos como si fuera un bebé y que era el regalo que antes se mencionó.

Sara miró al animal, no le agradaban los gatos, nunca lo hicieron, su abuela solía decirle que eran los acompañantes del diablo y, aunque ella no era muy creyente, es difícil deshacerse de los miedos infantiles.

- Aún no tiene nombre – dijo la mujer, dirigiéndose más al gato que a Sara -, espero que C. quiera bautizarlo.

La mujer se inclinó un poco, demostrando su buena condición, y dejó que el gato corriera feliz por el piso, cosa que no hizo, simplemente se fue directo a una esquina y ahí se dejó caer, olvidándose de todo. Después, y como si no hubiera sucedido eso, la mujer salió de la casa, dando grandes zancadas, y no salió hasta que dio un último vistazo y lanzó un último bufido contra una mesita empolvada, entonces dio un portazo y salió, dejando a Sara parada en medio de la estancia, con las manos arracimadas contra su pecho y observando fijamente al gato, como si creyera que de repente abandonaría su sueño y le saltaría encima.

El animal era adulto ya, un gato de esos que llaman siameses. Sara no sabría decir con exactitud qué edad podría haber tenido pero, esos ojos cansados y la forma tan pausada y desmejorada de caminar y moverse, casi arrastrándose, le hacían pensar que estaba cerca del final.

Conforme pasaban los días Sara se sentía más intranquila en presencia del gato. El animal no parecía tener vida, pasaba tanto tiempo como le fuera posible tirado en una esquina, sobre una vieja cesta de ropa, en forma de una hedionda bola de pelos. Cuando Sara le daba de comer mantenía el cuerpo alejado del animal y sólo alargaba un poco el brazo para soltar el plato apenas a unos cuantos centímetros del piso. Algunos minutos e incluso horas después el plato continuaba intacto en su lugar.

Mientras tanto C. mejoraba favorablemente. Sara pasaba tanto tiempo a su cuidado que había pasado por su cabeza el mudarse las tres semanas de ausencia de la novia, para estar cerca en caso de cualquier problema, pero nunca lo hizo. C. ya podía alimentarse solo, aunque aún con un ligero temblor en sus brazos, en ocasiones dejaba que Sara le alimentara, como por los viejos tiempos, pretendiendo alguna recaída que ella interpretaba como un gesto de solidaridad.

Por su parte el gato continuaba con su sedentario comportamiento, C. no sabía de su existencia porque Sara no se lo había dicho, y no porque no quisiera, sino porque no lo había recordado, pues como el animal pasaba todo el día tirado en su esquina era difícil notar su presencia a menos que se pasara por esa parte de la casa y se le viera ahí, esforzándose por respirar.

Había pasado apenas una semana desde la partida de la novia y la llegada del gato cuando Sara, notó que el animal llevaba varias horas en la misma posición, recostado

contra su esquina. Conforme se acercaba no escuchaba su ruidosa y dificultosa respiración, y cuando estuvo más cerca se dio cuenta que el animal había muerto. Sara tomó una pala del jardín y, estremeciéndose, la acercó al gato, como si éste aún pudiera hacerle daño, y lo levantó. Tenía los ojos abiertos y vidriosos, como si la muerte le hubiera tomado por sorpresa. Su hocico estaba entreabierto, dejando ver unos afilados y amarillentos colmillos, estaba engarrotado, con las garras delanteras listas para atacar, o defenderse.

Sara lo enterró en el patio trasero de la casa, con cierta dificultad, pues mientras lo hacía llovía y esto hacía más complicado el cavar un agujero, pues apenas comenzaba a hacerse lo suficientemente grande para el gato cuando una corriente de agua deslavaba las orillas, rellenando el agujero de nuevo. Sara no pudo dejar de notar, una vez que el entierro se había efectuado, que en el cielo se cernía una intimidante luna, que al ser cruzada por oscuras nubes asemejaba los ojos de un gato.

Al siguiente día C. despertó temprano, mucho más temprano que de costumbre. Desayunó y pasó el resto del día escuchando los libros que Sara le leía, que iban desde historias de huérfanos de Dickens hasta las aventuras del famoso detective francés\*.

- ¿Cómo se llama el gato? – preguntó C. de repente, aprovechando la pausa que Sara hacía cada vez que terminaba un capítulo.

Sara levantó la vista y miró a C. por encima de la portada del libro, algo turbada.

- ¿Cuál gato? – preguntó Sara, frunciendo el ceño.

- Mi novia llamó, y dijo que trajo un gato antes de irse, para acompañarme – explicó C. con tranquilidad.

- Creo que... no me dijo su nombre, y no se me ocurrió preguntárselo – dijo Sara -. Pero...

- Por eso no me hacía caso.

Sara lo miró, reaccionando bruscamente.

- ¿Cómo? – preguntó, con voz trémula.

- El gato – dijo C. -, estuvo toda la mañana aquí conmigo, le hablaba y no venía. Se fue corriendo cuando escuchó tu voz.

Sara comenzó a sonreír ligeramente, entre nerviosa y asustada.

- Tengo que... irme – dijo, con voz entrecortada.

Se dio vuelta y salió de la habitación sin dar una explicación, dando tumbos por el corredor y tropezando con sus propios pies, pues siempre le sucedía eso cuando estaba nerviosa o asustada, la vista le abandonaba. Caminaba rápido mientras bajaba los escalones a tropezones, resbalando en ocasiones el talón de la orilla de un escalón y teniendo la suerte de que éste cayera derecho sobre el siguiente. No sabía por qué no le dijo a C. que el gato había muerto, y que por lo tanto no pudo acompañarlo durante la mañana, y, ahora que lo pensaba mejor, no había razón para pensar en lo que estaba pensando, pues seguramente el gato al que se refería C. era algún otro que entró por la ventana... los gatos siempre hacen eso. Pero a veces su cerebro no entendía de razones, por eso fue hasta el patio trasero.

Ahí estaba, la tierra floja, como si alguien la hubiese removido recientemente. Todavía húmeda por la lluvia de la noche anterior. Había un agujero profundo, justo donde Sara lo había enterrado. Comenzó a parpadear constantemente, como si de ésta forma esperara tranquilizarse o despertar de algún mal sueño, pero no fue así.

Al día siguiente, antes de ir a la casa de C. Sara fue con un veterinario. La inquietud no le dejaba tranquila.

\* Alusión a las novelas; David Copperfield y Oliver Twist de Charles Dickens y al personaje de Edgar Allan Poe, Monsieur C. Auguste Dupin.

El doctor le dijo que probablemente un animal tan viejo como ese había sufrido una especie de coma que le había dejado en la aparente muerte que Sara interpretó.

<< Esos animales están llenos de sorpresas >> - pensaba Sara, algo molesta, de camino a la casa de C.

Al llegar C. aún no despertaba, y era extraño, pues se había retrasado un poco con el veterinario. Sara no le despertó, le dejó dormir un poco más, en lo que preparaba sus medicinas y algo de comida, pues aprovechando la ausencia de la novia la mujer que cocinaba se había ausentado también, dejando a Sara con el trabajo, que para nada era hábil en la cocina, siempre se estaba cortando o quemando las verduras. Cuando pasó cerca de la esquina del gato lo vio allí tendido, justo como antes, como si no hubiera pasado nada. No parecía haber mejorado nada desde su reciente resurrección. Roncaba tranquilo, pero sonaba agotado y enfermo, se esforzaba por respirar. Sara pudo haber jurado que abría y cerraba la boca cada vez, como lo haría un hombre viejo y enfermo, esforzándose por jalar aire a sus pulmones.

Después de preparar una comida aceptable regresó a la habitación de C. cargando la charola y dando aquellos ligeros pasitos para subir las escaleras. C. ya había despertado, y se notaba un poco desmejorado, sus ojos habían perdido cierta lucidez y su boca estaba azul, como si el frío le atacara, pero no era así. El gato también había despertado, y se acurrucaba tranquilo entre las sabanas de C, ronroneando de vez en vez.

- Deja te quito al gato, para que puedas comer tranquilo – dijo Sara, mientras alargaba las manos para tomar al animal y bajarlo.

El gato se mostró hostil, abrió el hocico y le enseñó los dientes, erizando al mismo tiempo los pelos de su lomo como filosas agujas. Sara dio un paso hacia atrás, con las manos juntas en el pecho y una nerviosa mirada clavada en el gato, el cual había retornado a su acostumbrada liturgia.

- Está bien – dijo C. y su voz sonaba débil -, en veces tiene mal carácter, pero me agrada.

El tiempo que duró la comida Sara fue vigilada impávidamente por el gato, como si pensara que fuera a quitarle de ahí con una patada. No le quitaba los ojos de encima, y cualquier movimiento que hacía, por leve que éste fuera, provocaba que el animal se crispara de inmediato. Definitivamente había desarrollado una estricta obligación por proteger a C. característica no muy convencional en los gatos.

La tarde había llegado, y C. había preferido dormir, cosa que no acostumbraba hacer a esas horas desde que quedó temporalmente cuadrapléjico. Sara pasó el resto de su turno en la sala leyendo, bajo la tenue luz de una pequeña lámpara. Ya se había mencionado que los ojos de Sara eran pequeños y en momentos faltos de luz, y las sombras se hacían presentes en las lisas paredes cuando menos se lo esperaba, jugándole crueles bromas que no la dejaban concentrar y la hacían saltar una y otra vez. Salió al balcón a observar el cielo (a veces le gustaba hacer eso), cuando abandonó la lucha por ganarle a sus ojos. Era un balcón muy peculiar. La mayoría de estos dan a atractivos paisajes, pero este lo hacía a un sucio callejón lleno de basura en el fondo, donde se podían ver ratas comer basura o ser perseguidas por gatos. Sara estuvo tranquila por unas dos horas, observando a aquellos animales pelearse por un trozo de carne que alguien había arrojado ahí (el cielo no le había parecido atractivo en aquel momento), cuando llegó su hora de partida.

Mientras recogía sus cosas fue escoltada en cada momento por el gato, que se movía por la casa junto a ella como si fuera el dueño, levantando la cabeza, la cola y el lomo de tal manera que a Sara le recordó a la novia de C. cuando hacía sus inspecciones de limpieza. El gato no había dado señales de vida en todo el día después del desayuno,

pero ahora revivía sólo para atormentar a Sara, colándose entre sus pies mientras caminaba, casi tirándola en una que otra ocasión. C. continuaba dormido, no le quiso despertar, y el gato no se separó de ella hasta que no abandonó el departamento, y aún así permaneció sentado en el borde de la pequeña ventana del baño que daba a la calle observando con fijos ojos a Sara mientras cruzaba la calle para alejarse.

Al día siguiente Sara llegó más temprano. C. aún no despertaba, y el gato, que dormía encima de él, hecho un ovillo, no le dejó entrar al cuarto, gruñendo y mostrando sus filosos dientes. Sara esperó tres horas hasta que C. despertó y le llamó. Ahora el gato no se opuso a la intromisión de Sara, tan sólo se limitó a hacerse a un lado, como si fuera un educado caballero. C. se veía más débil y desmejorado que el día anterior; de un día a otro su color palideció un poco. Sus ojos se caían hacia las mejillas, dando un aspecto enfermizo y adormilado, sus cabellos perdían lustre, y su voz era menos audible, casi como un susurro. Comió mucho menos que en otras ocasiones, y más tardaba en ingerir los alimentos que en devolverlos, vomitándolos sobre el piso. No soportaba nada que fuera frío ni nada muy sólido. Sara no podía atenderlo bien, pues el gato no le dejaba acercarse lo suficiente para revisar a C. siempre estaba trepado en él, en su pecho, y esto le ocasionaba problemas para respirar. Y C. no parecía consiente de ello, ya que no hacía nada por apartarlo de ahí, simplemente el gato hacía su voluntad.

Ya había caído la noche cuando Sara llamó a un médico, el cual le dijo que probablemente C. era alérgico al gato, y su enfermedad no era más que una reacción hacia el pelaje o su saliva, tenía que deshacerse del animal. Pero mientras hablaba, en el oscuro pasillo que conducía a la habitación de C. Sara notó dos puntitos brillantes. Le hacían estremecer. Los fríos ojos amarillos del animal le miraban fijamente desde la oscuridad, vigilándola. Y Sara, sin saber por qué, dejó lentamente el teléfono, cómo si se sintiera amenazada por el animal. Después el gato se alejó tranquilo, y aparentemente satisfecho.

Pasaron tres días más. Sara cada vez tenía menos contacto con C. el cual empeoraba cada día. Y el gato era el dueño de la casa, se paseaba por ella, pavoneándose de un lado a otro, menando la cola y la cabeza en la misma dirección, saltando sobre los muebles. Ya ni siquiera dejaba a Sara acercarse más de lo necesario a C. su comida y el baño eran lo único que el animal le tenía permitido hacer. Había intentado consultar a médicos desde su casa, pero al llegar a casa de C. al día siguiente el gato parecía saberlo y le gruñía todo el día. Incluso en una ocasión Sara creyó ver los redondos ojos amarillos observándola desde su propia ventana, afuera, en la lluvia.

Ya había llegado el momento en que C. no era más que la sombra de lo que había sido. Su piel estaba pegada a sus huesos, apergaminada y de un tono grisáceo, las uñas y los dientes estaban amarillos, los cabellos, escasos, pegados al cráneo, su boca morada y seca; al abrirla para recibir comida la saliva formaba una gruesa capa viscosa que impedía la entrada de la cuchara, y sus ojos estaban muertos. Aún cuando Sara sabía que le estaban mirando no parecían hacerlo. Le daba miedo entrar en aquella casa, y ver a C. Tenía que tocarlo, era su trabajo, pero no podía evitar sentir náuseas, y C. se daba cuenta de ello, pues cerraba los ojos y apretaba la boca, con tanta lentitud, cada vez que Sara tenía que recoger con la cuchara la comida que se le escurría por las comisuras o bañarlo. El gato le miraba desde el borde de la ventana, y Sara notó, hasta ese entonces, que el animal parecía más joven. Su postura ahora era erguida y se mostraba más seguro. Su pelo brillaba, ya no era opaco. Sintió la rasposa mano de C. que le rozaba con dificultad la pierna. Parecía que quería decirle algo. Se inclinó hasta su boca y escuchó unos débiles sonidos que pudo traducir como palabras que intentaban decir << Ayúdame >>.

<< Se acabó, pensó Sara. Era hora de ir por un médico. Sentía rabia consigo misma por haber tardado tanto en tomar la decisión. La vida de C. importaba más que su miedo al gato. El animal, por su parte, parecía haberse enterado de todo, observaba fijamente a Sara mientras marcaba en el teléfono. Pero ésta lo ignoró. Esperó un rato y notó que no había línea, Sara se tumbó al suelo detrás del sofá y vio el cable mordisqueado. Miró molesta al gato, ya sin el miedo de antes.

Mientras se ponía un abrigo, apresurada, se dirigía al gato, como si lo hiciera ante una persona.

- No se qué eres – decía, molesta -. Y más te vale no estar aquí cuando regrese, por que te haré algo.

Salió de la casa y sintió la helada y furiosa mirada del gato clavada en su espalda. Podía imaginarlo ahí, sentado sobre las escaleras, mirándole cínicamente, si pudiera reír seguramente lo estaría haciendo.

\*\*\*

Había pasado tan sólo una hora, Sara ya regresaba con C. acompañada de un doctor. La casa estaba más oscura que antes, un fusible parecía haber estallado ayudado por la lluvia que incesante caía afuera. En el ambiente se respiraba humedad y polvo que raspaba la nariz. Sara y el doctor subieron por las escaleras de entrada. Ella dando ligeros pasitos, aunque en realidad quería saltar escalones de dos en dos, pero un repentino miedo le había invadido el corazón y nublado la vista. Tuvo que pedir ayuda al doctor, el cual, ofreciéndole su brazo, la ayudó a subir escalón por escalón hasta que alcanzaron el último. En el pasillo que conducía a la habitación de C. hubo otro momento parecido, cuando Sara trastabilló de repente y cayó de rodillas, rasgándose la media y haciéndose una herida en la pierna. El doctor la ayudó a levantarse, apremiándola a apurarse, pero algo la detenía en el suelo, una fuerza mayor a cualquier otra, el miedo. Por fin Sara alcanzó la puerta de la habitación, y es aquí donde la historia fue interrumpida hace un rato.

La habitación de C. la cual estaba cerrada, emitía un extraño brillo que resplandecía en el interior, colándose por los resquicios de la puerta. Sara se estremeció, sin saber por qué, pero presentía algo. Alargó una temblorosa mano hasta que rodeó el pomo de la puerta y lentamente, como si toda su vida dependiera de eso, la giró, empujándola al mismo tiempo hasta que la dejó completamente abierta.

Ninguno de los dos resistió lo que ahí vieron. C. había muerto, o estaba muriendo en ese preciso instante. El gato estaba sobre su pecho, en cuclillas, como lo haría un hombre, y tenía sus patas delanteras sosteniendo la cabeza de C. por la nuca. Y su hocico, pegado a la boca y a la nariz de C. extraía un haz de luz brillante de color blanco azulado. Poco a poco la luz fue agotándose, hasta que se apagó completamente. Lo último que vieron en su vida fueron dos brillantes ojos redondos de color amarillo mirándoles fijamente, los cuales resplandecían de fulgor, y se veían tan vivos como alguna vez se vieron los de C.